

La cultura de la noche

Mario Margulis*

*Tyger! Tyger! burning bright
In the forests of the night.*

William Blake^o

La ciudad es un jeroglífico, un enigma que se despliega en el espacio y en el tiempo. Preguntarse por la cultura de la ciudad, de nuestra ciudad, es indagar en los múltiples sistemas significativos y expresivos; en el significado de los lenguajes, de la articulación del espacio en calles, arquitectura, barrios, las acciones, los movimientos, el despliegue temporal. También implica apreciar la multitud de subculturas, de culturas locales, a veces tribales, que en ella coexisten.

Buenos Aires ha cambiado, o tal vez podríamos pensar que los cambios económicos, políticos, sociales y culturales se expresan y son visibles en la ciudad, en su arquitectura, en sus calles, y más aún, en sus ritmos y en los usos que sus habitantes hacen de ella. La ciudad construye y también revela continuamente el sentido de sus signos. Como escenario complejo, se ofrece a la lectura de sus códigos culturales. Para que éstos puedan ser apreciados, descriptos e interpretados es necesario considerar los procesos sociales significativos que en ella transcurren.

Nuestro tema se centra en la noche, en la juventud, en el consumo. Los cambios en la cultura urbana se expresan, de modo ostensible, en los cambios en las formas de diversión, en el uso del tiempo libre y, en cuanto al tema que nos ocupa, en las formas que asume la noche porteña. Buenos Aires siempre fue una ciudad con vida nocturna. Pero Corrientes, "la calle que nunca duerme", no conserva su antigua hegemonía, y la actividad caracterizada por los cafés abiertos hasta la madrugada, por la presencia de intelectuales y artistas, bohemios y gente de teatro, redujo notablemente su brillo e importancia. También

* En: Margulis, Mario y otros, *La cultura de la noche: la vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*, cap. I, Biblos, Argentina, 1997. pp 11-30

^o ¡Tigre! ¡Tigre! ardiendo brillante/ en las selvas de la noche, William Blake (1757-1827), "The Tyger".

se produjeron cambios funcionales: en la avenida Corrientes son hoy más numerosos los locales de videojuegos que los cines, y mucha de su actual actividad nocturna, sobre todo en los fines de semana, se debe, además de los cines y teatros que la pueblan, a nuevos lugares de baile y música destinados a la juventud.¹

La geografía urbana descentralizó y modificó la naturaleza y composición de su actividad nocturna. Ahora también existe una vida nocturna, una noche intensamente poblada por jóvenes, sobre todo en los fines de semana, pero cambiaron los ritmos temporales y también las localizaciones e itinerarios tradicionales de la noche porteña. La actividad juvenil alcanza en las calles de la ciudad su mayor visibilidad en horas avanzadas. La ciudad renace cerca de la madrugada y se puebla de jóvenes de ambos sexos. Muchos territorios urbanos cobran de noche un significado diferente y se entrecruzan también complejos itinerarios. La cultura de la noche tiene sus epicentros en algunos barrios, pero además se despliega por localidades suburbanas. Las migraciones nocturnas se vinculan con complejas búsquedas juveniles y con la articulación de géneros y subgéneros integrados por variadas tribus.

Una de las oposiciones que permite aproximarse a la significación del espacio urbano es la del día-noche, la oposición entre luz y oscuridad, o el tiempo procesado socialmente que regula los horarios de trabajo y de descanso. Las normas que regulan la vida urbana varían del día a la noche. Las actividades de los pobladores están regidas por los marcos institucionales que establecen los usos posibles de los lugares en distintas horas, la institucionalización espacial y temporal de las prácticas sociales.

¿Por qué la nocturnidad? La ciudad es de los jóvenes mientras los adultos duermen; es otra ciudad. Hay un empleo del tiempo para conquistar el espacio. Al refugiarse en la noche, se resignifica la ciudad y parece alejarse el poder. Ilusión de independencia apelando al juego del tiempo; tiempo no colonizado en que parece resignar el control; tiempo no utilizado plenamente para la reproducción económica, para la industria o la banca. Si todos los espacios están colonizados queda el amparo del tiempo, el tiempo como refugio.

El Otro cercano

Concebimos a la cultura en el plano de la significación: las significaciones compartidas y el caudal simbólico que se manifiestan en los mensajes y en la acción, por

¹ Algunos de estos locales de baile y música están ubicados en las calles cercanas, y alimentan, en los fines de semana, la concurrencia de público nocturno que circula por Corrientes.

medio de los cuales los miembros de un grupo social piensan y se representan a sí mismos, su contexto social y el mundo que los rodea. La cultura sería el conjunto interrelacionado de códigos de la significación, históricamente constituidos, compartidos por un grupo social, que hacen posible la identificación, la comunicación y la interacción.

La comunicación es cultura. No nos apercebimos de la cultura que compartimos, no tomamos conciencia de ella sino cuando llegamos a sus límites, cuando confrontamos con la incomunicación, con la Cultura Otra, con el Otro. La comunicación parece espontánea; nos parece natural el intercambio de mensajes, el acuerdo sobre el sentido, la decodificación fácil de los gestos cotidianos. No advertimos que se articulan sobre una producción social, resultante de una historia de luchas y acuerdos; no reparamos en el tesoro de códigos, el arsenal de palabras, de gestos, de sobreentendidos, presentes, incluso, en una conversación trivial. Aun en este caso, la comunicación no reposa sólo en la palabra; requiere el uso simultáneo y coordinado de distintos códigos: códigos referidos al contexto social, al sentido y uso del tiempo, al cuerpo -sus usos, sus gestos-, a la proximidad o lejanía entre los hablantes, a los silencios. Hay una cantidad de saberes simultáneos que ejercitamos, de percepciones conjuntas. Sólo porque somos miembros *competentes* de una cultura podemos comunicarnos, podemos hablar, compartir ritmos de tiempos y silencios, de fatigas e intereses, y lograr en la comunicación cierta eficacia.

Cada palabra que usamos tiene una historia. Ha sido socialmente constituida, incluye pujas y conflictos, luchas por la significación. Existe una historia social del sentido; también son culturales la percepción y la sensibilidad. No percibimos “naturalmente” sino a través de procesos que se han ido constituyendo en la interacción social.

Somos poseedores de signos, y éstos -elaborados a lo largo del tiempo y en el interior de una cultura- nos orientan. Los signos implican una construcción del mundo, una clasificación; agrupan y catalogan la inmensa diversidad que nos presenta el mundo. Objetos, sensibilidad, imaginarios, afectos y percepciones, cobran cuerpo en la cultura por medio de los signos. Lo que llamamos “realidad”, depende en gran medida de los signos -y sus significaciones cambiantes- con que la apresamos y la comunicamos. En este sentido la “realidad” depende de nuestros códigos; cada idioma esconde una teoría sobre la realidad, convoca sensibilidades intraducibles y experiencias no coincidentes.

El encuentro con un extraño, con un otro, con alguna alteridad sustancial, se manifiesta en dificultad de comunicación y, tal vez, en la toma de conciencia de estar excluido de otros universos significativos, de códigos y saberes que nos son extraños. En la

cultura urbana actual se despliegan multitud de subculturas, sistemas de significación – constituidos a través de interacciones y prácticas- compartidos por actores individuales y grupales. Las subculturas a las que no pertenecemos nos plantean una otredad, a pesar de los grandes códigos compartidos. A pesar de compartir lenguaje, espacios urbanos, condiciones sociales y económicas, y los mismos mensajes *mass mediáticos* estamos excluidos en este ámbito subcultural en lo que atañe a sus signos particulares, sus percepciones, sus prácticas.

Una de las formas de otredad es la que surge de las generaciones, de la convivencia y comunicación intergeneracional. Se trata de una alteridad familiar, un otro cercano que plantea desafíos a nuestra comprensión, emplea signos y significados que no compartimos, y que pueden resultarnos poco sensatos, incomprensibles y hasta absurdos. La velocidad que ha alcanzado la historia (velocidad en los cambios tecnológicos, sociales, políticos) plantea condiciones para ahondar en las brechas intergeneracionales. Nos socializamos en mundos diferentes: los códigos de la percepción son influidos por la velocidad (televisión, computadoras, medios audiovisuales); cada generación adquiere modos distintos de percibir, habita en universos no coincidentes.² Vivimos en una época en que predomina la imagen, lo visual; los jóvenes han crecido frente al televisor, y ello tal vez suponga una reorganización en los sistemas de comunicación y de percepción, nuevas generaciones de realidad que emanan de competencias distintas para procesar lo visual y, acaso, otra relación con la palabra, con el signo lingüístico, con la abstracción.

En el interior de la familia, encontramos al Otro cercano: en ciertos planos de la comunicación entre generaciones el desencuentro puede calificarse de otredad. Los adultos no somos nativos de la cultura de la noche de hoy, nos separan barreras generacionales. Somos nativos de otra cultura, tal vez de otra noche, en otro Buenos Aires. Por tanto, como no nativos, esta cultura se nos presenta opaca. Carecemos de los "*habitus de clase*"³ (en el sentido de enclasmiento juvenil), sobre todo no tenemos incorporados los esquemas

² Por ejemplo, los códigos visuales con que se interpretan las imágenes. Dice Paul Virilio: "la realidad nunca está dada en forma simple y es siempre generada por las tecnologías y modos de desarrollo de una sociedad en cualquier momento dado de su historia". Y agrega: "Ya no hay una sola realidad que podamos pensar como dada una sola vez y para todos. Aun si una montaña está siempre donde estuvo, y aun si la piedra es todavía piedra, las formas en que nosotros las percibimos han estado cambiando continuamente desde el comienzo de los tiempos. De modo que generaciones de realidades han estado conectadas con generaciones de imágenes... el Renacimiento fue, primero que nada, una cuestión de organización de la forma de ver..." (Paul Virilio, 1988, págs. 42-44).

³ Para Bourdieu, *habitus* se refiere a un sistema de disposiciones para la práctica, para la acción. Incluye formas de percepción, esquemas para apreciar e interpretar. *Habitus* sugiere "una lógica práctica, la de lo impreciso, del más o menos, que define la relación ordinaria con el mundo" (Bourdieu, 1987, pág. 84 y siguientes). "... Se podría considerar el *habitus de clase* (o grupo), es decir el *habitus* individual en la medida que refleja o expresa el de clase (o grupo) como un sistema subjetivo pero no individual de estructuras interiorizadas, principios (*schèmes*) comunes de percepción, concepción y acción..." (Bourdieu, 1991, pág. 104.)

necesarios para la interpretación de las prácticas, los códigos necesarios para “leer” la cultura de la noche.

Acercarse a la cultura de la noche, a la ciudad nocturna de los jóvenes, requiere, en primer lugar, aceptar la existencia de este hecho cultural: el otro cercano cuyos códigos no comprendemos. Son útiles las enseñanzas de la etnografía: un objetivo importante a alcanzar es “poder conversar con los nativos”,⁴ o sea, ser capaz de reconocer su otredad, intentar aproximarse a sus universos de sentido, admitir la existencia (y acaso la legitimidad) de sistemas de percepción, apreciación y comunicación que pueden ser coherentes para el desarrollo de prácticas que experimentan como necesarias. Prácticas sentidas como eficaces para pertenecer, integrarse con otros jóvenes, adquirir identidad social, amar, interactuar. También es necesario estudiar los vínculos entre los sistemas de significación mencionados con la dinámica social, económica y política en que se generan y reproducen.

Aproximación a la nocturnidad

La noche es una fiesta larga y sola.

Jorge Luis Borges

Preguntar ¿por qué la nocturnidad?, hace necesario indagar acerca de la significación de la noche en la ciudad, en Buenos Aires sobre todo para los jóvenes y adolescentes. La noche urbana no es precisamente oscuridad. No es la noche de la naturaleza, sin luz, con estrellas, con sombras, misterios y temores. La noche urbana presenta una ciudad diferente, menos iluminada, acaso ofreciendo por ello mismo mayor privacidad, espacios protegidos de las miradas. Cambia el paisaje urbano y cambian los actores. Son otras las actividades que otorgan dinamismo a la ciudad nocturna, y ello ocurre en espacios que acaso tengan ritmos muy diferentes durante el día. Pero lo esencial en la significación de la noche para el análisis de la nocturnidad, de la promesa de fiesta que requiere de horas avanzadas, es situarse en el tiempo opuesto, en el tiempo en que los padres duermen, los adultos duermen, duermen los patrones; los poderes que importan, los que controlan desde adentro, están físicamente alejados y con la conciencia menos vigilante, adormecida por el sueño.

La noche aparece para los jóvenes como ilusión liberadora. La noche comienza cada vez más tarde. Se procura el máximo distanciamiento con el tiempo diurno, con el tiempo de

⁴ Véase Geertz (1990), pág. 27.

todos, de los adultos, el tiempo “reglamentado”; la mayor separación entre el tiempo de trabajo y el tiempo del ocio. Este tiempo distanciado, conquistado a contracorriente de las costumbres y los hábitos, este tiempo especial, parece propicio para la fiesta.⁵

Situarse en las antípodas del tiempo diurno, del tiempo cotidiano, donde dominan los adultos; situarse en la noche avanzada, cuando los demás duermen, favorece el clima necesario para la fiesta. La noche constituye el territorio de los jóvenes, una isla juvenil en la ciudad dormida, un territorio que han ido ocupando, en el cual han avanzado, y una de cuyas claves es esta hegemonía generacional, favorecida por la sugestión de la ciudad nocturna, en la que están ausentes los otros, los que tienen el poder, que duermen. Sobre este adormecimiento se erige un imaginario liberador y el comienzo de la irrealidad que requiere la fiesta. Porque, aunque mercantilizadas y nada espontáneas, todas las propuestas para el consumo nocturno llevan consigo el modelo de fiesta. El clima festivo, el imaginario de la fiesta, necesita de un tiempo y un espacio propios, en ruptura con el tiempo y el espacio habitual. La fantasía, la irrealidad, el distanciamiento de lo cotidiano, se incrementan con recursos y artificios en el interior de los locales: decoración, iluminación, centelleo de luces, intensidad de la música.

Las luces estroboscópicas, la decoración, la proyección de videoclips, el volumen de la música, contribuyen al simulacro de la fiesta. Pero la auténtica fiesta, la que está presente en el imaginario universal, es libertad, y requiere un tiempo propio, un espacio diferente, discontinuo con el espacio habitual. En el tiempo y el espacio de la fiesta fluyen condiciones para que emerjan otras características de lo festivo: la libertad, la rebelión, la subversión de los poderes, el goce, la imaginación, el éxtasis. En la fiesta que describe Bajtin,⁶ la gente oficia su propia fiesta, se libera de los poderes habituales, de la dominación cotidiana, mediante la risa, el grotesco, la máscara. La risa es el gran instrumento de liberación, el humor, la burla, el insulto y la ridiculización de los poderosos, y ello es sólo posible en la fiesta, en el espacio y tiempo acotados en que es lícito invertir las condiciones habituales de existencia. La fiesta se realiza a través de estas oposiciones, de este situarse en un plano antagónico, activando lo opuesto de lo habitual opresivo. Y ello lo realizan espontáneamente

⁵ Nuestro análisis se centra en lo que consideramos el eje central de la nocturnidad, de esa noche juvenil que comienza cada vez más tarde, en la madrugada, y culmina en la mañana. Tratamos de penetrar en el imaginario que gobierna esta actividad ejercida en un horario opuesto al habitual, un tiempo transgresor. Desde luego que confluyen otros factores y también diferentes racionalizaciones. Entre los primeros mencionaremos que el inicio de algunas actividades a las dos de la madrugada, favorece sin duda la rotación del capital invertido en los establecimientos de baile y diversión, al permitir la introducción de turnos diurnos y nocturnos tempranos para los más jóvenes, e incorporando a la explotación comercial un tiempo que anteriormente no podía ser valorizado. Entre las racionalizaciones, que desde luego se apoyan en datos reales, mencionaremos el tema del transporte y la mayor seguridad que se logra en los horarios mencionados, sobre todo en el regreso al hogar con la luz del día.

⁶ Bajtin (1989).

actores colectivos, productores y receptores de su actividad festiva, oficiantes y consumidores al mismo tiempo, actores protagónicos de su propia fiesta.⁷

Pero la fiesta comercial, la promesa de fiesta que se vende a los jóvenes, es la fiesta organizada, controlada por otros. Es simulacro de fiesta, en el que deliberadamente se instalan ingredientes de transgresión de lo cotidiano: la luz, el espacio, el tiempo, la música cuyo volumen la transforma en algo casi corpóreo. La música, que Borges describía como "la más perfecta de las formas del tiempo", se convierte, por mediación de la violencia ejercida al elevar desmesuradamente su volumen, en un ingrediente más del espacio, en un cuerpo casi sólido. Es simulacro de fiesta y es relativa la liberación; los poderes están presentes de modo notorio y opresivo. Los jóvenes no offician su propia fiesta, no crean sus reglas, no regulan su espacio; son actores en un teatro ajeno, consumidores dentro de un género que les ofrece alguna posibilidad de elección, pero siempre aceptando reglas que no han creado, rígidas formas de exclusión o admisión, códigos a los que hay que someterse, adaptarse, mimetizarse, para ser elegible, tener éxito, ser miembro.

Pese a este esfuerzo por desentenderse del mundo diurno, en la cultura de la noche no dejan de estar presentes las formas de dominación y de legitimación vigentes en la sociedad. Predomina la dinámica de la distinción, de la exclusión, de las jerarquías. Aun el rock, que explícitamente se manifiesta como forma transgresora, y que expresa -en las letras de las canciones, en la ropa, en el lenguaje y en las formas culturales que erige- una vocación de oposición a los poderes, es en buena parte corrompido por la mercantilización, por el *star system*, la industria discográfica y los múltiples mecanismos que, al transformar la cultura en mercancía, la empobrecen y deforman sus significaciones.

¿Por qué los jóvenes practican estos ritos, eligen estas formas de diversión, los simulacros de la fiesta? ¿Qué buscan? ¿Qué esperan? Y, ante todo, ¿eligen? o son elegidos por una variedad de mercancías, de servicios que el mercado ofrece y que giran todos dentro de una misma estructura básica. ¿Cómo enfrenta el adolescente su necesidad de compañía, de amistad, de amor, de sociabilidad, de identidad, de pertenencia? ¿Qué alternativas están presentes en la cultura urbana?

⁷ La literatura etnográfica se ocupa con frecuencia de la "fiesta" y la ubica como acontecimiento trascendente en la vida social, en la cual se subvierten el tiempo y el espacio habituales y se afirman los lazos comunales. Se enfatiza su función de catarsis, su carácter transgresor de los vínculos y roles habituales y su función renovadora del sentido de la existencia. Permitiría la momentánea "liberación de la búsqueda dramática del sentido de la vida" (Becerra, 1991, pág. 1). Freud, en *Totem y tabú*, (citado por Gusdorf 1960, pág. 80) afirma: "la fiesta es un exceso permitido, hasta ordenado; una violación solemne de una prohibición". Nietzsche, Dumezil o Rudolf Otto, han hecho consideraciones sobre el tema. Véase también Bastide (1961), García Canclini (1984) y Eco (1984).

El adolescente ¿puede elegir?, ¿hasta dónde?, ¿entre qué alternativas? Las ofertas para la diversión nocturna están ya constituidas al ingresar el adolescente en la búsqueda de compañía, diversión, amor, pertenencia. Las modalidades vigentes en la cultura urbana actual imponen la noche, la nocturnidad como tiempo para los encuentros, para los contactos con iguales, para el logro de amistades, las promesas de romance, de sexo, de fiesta. Aunque la acción colectiva interactúa con la oferta comercializada y va influyendo y cambiando las modalidades de los servicios culturales ofrecidos. Existe la necesidad, la urgencia en los jóvenes por encontrar a sus pares, constituir agrupamientos, encontrar el espacio propicio para integrarse y diferenciarse, construir -aunque sea en el marco frívolo, fluctuante y transitorio de la noche- señales de identidad. En este momento, las posibilidades abiertas, los caminos, pasan mayoritariamente por la noche y por las alternativas que en ella se ofrecen.

En la cultura de la noche hay elecciones pero también restricciones: según la condición social se puede o no acceder a ciertos lugares. Se es elegido para ingresar o para ser excluido. Se puede elegir, pero dentro de una cierta gama. La cultura de la noche es etnocéntrica, clasista y, hasta podríamos decir, racista. Los jóvenes toman rápidamente conciencia de la restricción de sus posibilidades, de los mapas de la exclusión. La exclusión es el reverso de la distinción, indica qué elementos simbólicos están en juego. La exclusión se convierte en mercancía y constituye un elemento central en la constitución del valor de cambio de muchos locales de la noche. Se puede elegir dentro de una cierta gama, condicionada por el sector social al que se pertenece, por los *habitus* de clase, por el cuerpo y la condición étnica. Influyen los modales, la vestimenta, el peinado, la edad, la “onda”.

Dentro de cada género de la cultura de la noche existen códigos sutiles para reconocer y apreciar la afiliación a los diferentes matices. Para ser aceptado es frecuente que un joven deba hacer un esfuerzo de adaptación en su apariencia, su lenguaje, su vestimenta, sus modales. La cultura de la noche genera un efecto de aculturación, hay un proceso de socialización que se inicia antes del ingreso y al que los jóvenes se avienen para ser aceptados, para pertenecer, no ser excluidos, para ser legítimos. Cada uno de los locales de la noche tiene sus normas implícitas o explícitas, a las que hay que avenirse; a esto se suman los controles intragrupo, los códigos sutiles que regulan la pertenencia a las diferentes tribus, establecen las condiciones para pertenecer y detectan las transgresiones.

La cultura de la noche porteña actual excluye, en gran medida, a los que no son jóvenes, y al crearse esta geografía juvenil, esta homogeneidad generacional, parece disminuir la dominación, el peso de los reglamentos, de los poderes, de las limitaciones y

exigencias. Los adultos son los primeros en ser excluidos en muchos locales nocturnos (desde luego que esta selección por edades no es uniforme, y en buena parte se trata de autoexclusión) y en la noche se crea el espacio imaginario de un poder joven que pareciera poder construir sus propias reglas. Sin embargo, tal como lo enfatizan varios capítulos de este libro, la cultura de la noche tiende a reproducir, a develar y aun a exacerbar los sistemas de dominación y de legitimación vigentes en la sociedad. Las formas de diferenciación y de exclusión social son tal vez más brutales y manifiestas que las que se aprecian en la vida diurna. Si bien aparecen aspectos transgresores, formas contraculturales cuya intensidad, ideología y sentido varían entre los diferentes géneros, también es evidente a poco que se profundiza en el análisis que tales manifestaciones son, en alto grado, contrarrestadas y metabolizadas por la lógica mercantil que preside todos los géneros y atraviesa el conjunto de la actividad nocturna.

Los géneros culturales

Oro y amor en la encendida noche.

Jorge Luis Borges

Dentro de la variedad de ofertas para la diversión juvenil nocturna, hemos arriesgado una clasificación, un agrupamiento en cuatro categorías, a las que hemos denominado *géneros culturales*. Estas categorías tienen en su interior elementos comunes, de suficiente entidad como para hacer posible identificar y agrupar las variadas ofertas de servicios, de lugares de diversión, de música, de baile, de encuentro, que la noche urbana propone. Como toda clasificación, supone una construcción artificial, un intento de igualar lo diferente, de reducir a un símbolo la variedad, la castidad y la calidad que se ofrece a la experiencia. Por lo tanto, es como todas las clasificaciones, provisoria e imperfecta. Mas, basada en fenómenos reconocibles también es útil y necesaria para trascender la descripción trivial e intentar ingresar en algún nivel interpretativo.

Si consideramos a la cultura de la noche como un texto que tratamos de interpretar, la clasificación que proponemos constituye un primer gesto para descifrarlo gradualmente. Cada uno de los géneros que surgen de este intento clasificatorio, indica espacios de sociabilidad, de socialización, de constitución de tribus y, también, de oposición y conflictividad. La multitud y variedad de ofertas culturales se corresponde, frecuentemente, con una característica de los agrupamientos juveniles, el neotribalismo, término que se aplica a agrupamientos -a veces efímeros- vinculados por sensibilidades compartidas y

emociones vividas en común; es importante la proximidad y el compartir un territorio, sea éste real o simbólico.⁸

Hemos clasificado, entonces, las principales ofertas de la noche urbana dirigidas a la diversión juvenil en cuatro grandes géneros: la discoteca, el rock, la bailanta y los "modernos".⁹ Se trata de géneros centrales de la diversión juvenil nocturna. Por ende pueden escapar a esta clasificación formas que hoy no tienen mucho arraigo entre los jóvenes pero que perduran y hasta renacen en nuestra ciudad.¹⁰ Aunque la música constituye uno de los elementos para identificar y agrupar, la clasificación que proponemos desborda con amplitud lo musical, por ello hablamos de géneros culturales. Estos agrupamientos apuntan, sobre todo, a descubrir ciertas características constitutivas e identificatorias que podrían reconocerse dentro de una variabilidad y fluidez muy grandes. También, dentro de un proceso muy veloz de transformaciones, se trata de encontrar ejes paradigmáticos que permitan reconocer cierta esencia del género dentro de modalidades muy cambiantes. El género es más reconocible en las manifestaciones típicas, en los casos "centrales", pero también hay en cada uno de ellos una "periferia" donde los límites se toman borrosos.

En cada uno de estos géneros pueden reconocerse manifestaciones territoriales, formas de localización en el marco urbano, itinerarios. Estas localizaciones no son ajenas a su contenido ideológico y cultural ni a fenómenos de diferenciación social. También varían en cuanto a la condición de edad que requieren de sus concurrentes.

La *discoteca*, por ejemplo, es centralmente un género para clases media y alta. Su público es juvenil, con turnos según la edad, incluyendo a los muy jóvenes, apenas adolescentes y aun menores.¹¹ Su localización preferencial son barrios residenciales de clase media y media alta: Belgrano, Barrio Norte. También hay discotecas en muchas otras ubicaciones urbanas y suburbanas, y connotan el nivel y los valores de clase media en cada

⁸ Véase Maffesoli (1990). Según este autor "...el neotribalismo se caracteriza por la fluidez, las convocatorias puntuales y la dispersión..." (pág. 140). Este autor apela al concepto "comunidad emocional" de Weber, cuyos rasgos eran la composición cambiante, la inscripción local, la ausencia de organización y la estructura cotidiana (pág. 38).

⁹ En comparación con los otros géneros, "los modernos" tienen un peso demográfico bastante menor en la fiesta juvenil nocturna. Puede ser cuestionada la jerarquía de género. Este tema fue objeto de dudas y de discusión y se optó, aunque con cierta indecisión, por la clasificación propuesta. Dentro de la multitud de "híbridos" que aparecen en la actividad nocturna, "los modernos parecen alcanzar mayor autonomía e identidad".

¹⁰ El tango no ha desaparecido. Sigue presente en la mitología urbana, en la literatura y en transmisiones radiales y televisivas, en espectáculos de música y danza e incluso es evocado en las letras del rock. Además tiene aún presencia concreta en la noche de Buenos Aires, pero a los locales en que se cultiva el tango concurren sobre todo, los adultos.

¹¹ Aunque no constituyen lo central del género hay, desde luego, discotecas para adultos, o donde los adultos son admitidos.

ubicación. Asimismo, pero ya en las fronteras del género, hay discotecas a las que concurren sectores populares.

La *bailanta* es, sobre todo, para las clases populares. Su localización en la ciudad está vinculada, casi siempre, con la ubicación mayoritaria de estos sectores en la periferia urbana. Por ello la bailanta urbana se localiza, con preferencia, en la proximidad de estaciones ferroviarias: Once, Constitución, Pacífico. Son zonas de tránsito, de intercambio entre el centro y los suburbios, entre la parte central de Buenos Aires y los cordones suburbanos.

En la bailanta se admiten concurrentes de diferentes edades. Confluyen jóvenes y adultos, a veces se observan también niños y personas maduras. Si bien la mayoría de los concurrentes pertenecen a grupos jóvenes de edad, es importante recordar, para la comprensión de este género, que la noción de juventud está construida socialmente y atravesada en su significación por la diferenciación social.

El *rock* es más itinerante. Consecuente con algunos aspectos de su ideología, el rock no abunda en localizaciones fijas ni se puede apreciar un significado específico en su distribución espacial. Existen algunos “templos” del rock, pero son pocos y es difícil encontrar un contenido semántico a su ubicación urbana.

El rock tiene límites etarios menos precisos, es un género juvenil, pero la noción de juventud se extiende, tiene un techo impreciso. Es un género urbano, canta a la ciudad, y el contenido de sus letras es uno de los indicadores de su preocupación emancipadora. El rock es el más politizado de los géneros propuestos, es rebelde y transgresor, sin embargo su potencial contestatario es, en parte, mitigado, al convertirse -como otras formas culturales- en mercancía y ser subsumido en los circuitos de comercialización, la industria discográfica, la TV y el *star system*.

Los *modernos* cultivan su *look*, pero sobre todo parece insinuarse una identidad colectiva en proceso de constitución que los diferencia de los otros géneros. Se trata de la “movida porteña” que comienza a adquirir entidad a partir de la Primera Bienal de Arte Joven en 1988. Incluye, en principio, jóvenes intelectuales y artistas, que configuran sus propios circuitos en la noche porteña: exposiciones, bares, recitales, fiestas privadas. Según Urresti¹² los “modernos”, o “nueva bohemia posvanguardista”, pueden identificarse *-mutatis*

¹² Véase su artículo sobre el tema en este libro.

mutandi- con lo que se solía llamar *underground*. Su localización es imprecisa, más que en lugares fijos se basa en itinerarios o trayectorias. Pero adquiere mayor densidad en ciertas localizaciones urbanas: San Telmo, Palermo Viejo, Almagro, Centro, Barrio Norte.

Como veremos, entre los géneros propuestos existen superposiciones territoriales y musicales; comparten la nocturnidad y muchas veces se superponen sus usuarios. Lo que los distingue y constituye la base de nuestra clasificación es su identidad cultural: subculturas en el interior de la cultura de la noche, que van constituyendo sus códigos, sus credos, sus rituales, sus mitos, su historia, sus sistemas de signos. En el interior de cada uno de estos géneros funciona una variedad de manifestaciones y un veloz proceso de cambio. Se constituyen tribus en espacios simbólicos y sociales, que disputan entre sí y dentro de sí, en el interior de cada género, por la apropiación de los valores en juego: prestigio, distinción, legitimidad, pertenencia, y también sexo, amor, dinero.

Lo ciudad y los signos

*Los significados pasan,
los significantes quedan.*

Roland Barthes

“La ciudad habla a sus habitantes”, y muchos -poetas y filósofos, semiólogos y urbanistas- han intentado descifrar sus signos.¹³ No es tarea fácil; la ciudad es eje de múltiples significaciones, autoriza un sinnúmero de lecturas.

La geografía temporal de la ciudad, la colonización de la noche, la expansión de la actividad en horas nocturnas y, en especial, la noche juvenil que avanza en Buenos Aires, nos suscitan preguntas adicionales acerca del sentido que confiere la noche a los espacios urbanos.

Para la tradición antropológica, “lugar” es un espacio cargado de sentido, se constituye a partir de ser habitado, vivido, cargado con orientaciones y memorias, con afectos y liturgias; el lugar organiza el espacio, reglamenta las interacciones, evoca las jerarquías, recuerda a los ausentes. “El lugar antropológico es al mismo tiempo principio de

¹³ Podemos citar a Víctor Hugo, Baudelaire, Walter Benjamin, Umberto Eco o Roland Barthes. Entre nosotros a Borges, Roberto Arlt o Beatriz Sarlo. Benjamín deambula por París y dedica largos años a su intento de interpretación y desciframiento. En “un siglo que no supo responder a las nuevas posibilidades técnicas con un nuevo orden social” -frase que cincuenta años después es dolorosamente vigente-, Benjamin contempla París, “la ciudad espejo”, y la enfrenta como a un texto: “una vasta sala de lectura, una biblioteca infinita cruzada por el Sena”. Cfr. Bernd Witte (1990), págs. 200 -202.

sentido para aquellos que lo habitan y principio de inteligibilidad para aquel que lo observa".¹⁴ En oposición a la noción de lugar, Augé -siguiendo ideas de Marcel Mauss y de Michel de Certeau- desarrolla el concepto de "no lugar", que sería "un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad, ni como relacional, ni como histórico".¹⁵ Podemos agregar que los no lugares son espacios de los que no emana ningún reflejo de nuestra identidad. Son reacios a la interacción humana, no propician la adherencia de humanidad al mundo de las cosas. Supermercados, *shoppings*, aeropuertos, son espacios donde se reduce a un mínimo la autonomía, la capacidad de influir por parte de los usuarios. Espacios fuertemente organizados, donde es tal el poder y el orden que sólo cabe dejarse llevar, dejarse guiar, sin pretender ni poder influir sobre ellos con ninguna creación, ni depositar un átomo de la propia identidad. Sus superficies limpias, brillantes, impermeables e impenetrables, rechazan toda adherencia, toda fijación de afecto, de memoria, de cualidad humana. Son espacios para deslizarse por ellos, cumpliendo rápidamente y con eficiencia la función para la que fueron diseñados.

Los no lugares son el grado cero de la significación urbana, y se oponen a otros espacios que podrían alcanzar el grado pleno: la casa de nuestra infancia, la plaza del barrio, lugares de la ciudad que hemos domesticado, que nos son familiares, que nos devuelven sentimientos y recuerdos, espacios ligados a la memoria individual o colectiva. Entre el grado cero y el grado pleno, funcionan las oposiciones que confieren sentido.¹⁶

¿Podríamos incorporar la temporalidad, y considerar que el pasaje del día a la noche opera en la naturaleza significativa del espacio, que un sitio puede ser lugar de día y no lugar de noche o viceversa?

Y también ¿qué ubicación ocupan los locales de la noche, en los que se desarrollan la disco, la bailanta o el rock, en esta graduación entre grado cero y grado pleno, entre lugar y no lugar? Tal vez no podamos dar una respuesta satisfactoria a esta pregunta, o acaso esa respuesta no sea posible, ya que debe abarcar situaciones y espacios muy heterogéneos. Pero es probable que permita indagar en aspectos sugerentes vinculados

¹⁴ Marc Augé (1993), pág. 58.

¹⁵ Augé, op. cit., pág. 83. Augé cita como ejemplos de los "no lugares" a las estaciones, los aeropuertos, los medios de transporte (aviones, trenes); son lo contrario de un domicilio, de una residencia, son un espacio de anonimato. Y agrega: "El lugar y el no lugar son más bien polaridades falsas: el primero no queda nunca totalmente borrado y el segundo no se cumple totalmente" (pág. 84) "... por no lugar designamos dos realidades complementarias pero distintas: los espacios constituidos con relación a ciertos fines (transporte, comercio, ocio), y la *relación que los individuos mantienen con esos espacios*" (pág. 98) (el subrayado es mío).

¹⁶ "Es sabido que la oposición entre el signo y la ausencia de signo, entre el grado pleno y el grado cero constituye uno de los grandes procesos de elaboración de la significación." (Barthes, 1990, pág. 260.)

con la función y significación de los espacios urbanos en que transcurre la cultura de la noche.

Un territorio es casi siempre necesario para la identidad de un grupo. El territorio es, también, señal de identidad. Para constituir una identidad compartida, un grupo -en nuestro caso algún grupo de jóvenes- opta por un territorio, que puede ser un lugar de diversión nocturna, y deposita en él aspectos simbólicos constituyentes de su identidad. Un espacio pasa así a convertirse en lugar a partir del sentido que le es conferido por las interacciones físicas, afectivas y simbólicas de quienes lo frecuentan.

Un lugar --disco, bailanta- es un espacio cargado de sentido y contiene en su disposición espacial posibilidades, prohibiciones y prescripciones de orden interactivo que son inteligibles para los concurrentes habituales.

Podemos apreciar que muchos locales en los que funcionan discotecas son espacios reciclados, espacios que anteriormente cumplían otra función, diseñados originalmente para otra actividad. Muchas discotecas que funcionan en antiguos cines conservan, considerados como signo arquitectónico, restos de su antigua función y de las significaciones con ella relacionadas. Están influidas hoy por sus antiguos usos y significados. ¿De qué modo influye en estos locales tal ambigüedad? Cine y disco tienen en común ser un ámbito para la fantasía y el distanciamiento de lo cotidiano, para la ilusión y elusión, para un imaginario de diversión y ensueño.¹⁷ La sala cinematográfica requiere la creación de un adentro que excluye el mundo exterior. Es preciso crear un ambiente oscuro, a fin de proyectar el film. Con ello se deja afuera el fluir del tiempo, la luz natural como orientador temporal y recordatorio del reloj. Cine y disco requieren ese espacio atemporal. La entrada, difícil de sortear, sirve también para excluir el afuera. El ambiente recogido sobre sí mismo del cine, cerrado al exterior, es seguramente apropiado para la disco, recinto que requiere poner barreras al afuera, dejar atrás, excluir, no sólo a la gente que cada disco estima no apropiada sino también a las formas cotidianas del tiempo y espacio.

También la bailanta se ubica, con frecuencia, en locales reciclados, que conservan señales de su antiguo uso. Alguna bailanta fue anteriormente una estación de ómnibus de larga distancia; otra, un antiguo depósito.

¹⁷ Véase Urresti, "La discoteca como sistema de exclusión", en este libro.

Los géneros de la noche parecen tener distinta relación con el espacio. En oposición con la disco, el rock es itinerante, produce de manera nómada su territorio en el sitio en que se encuentre, no se caracteriza por localizaciones fijas en el mapa urbano. Las distintas tribus no pueden apoyar su identidad en territorios precisos. El rock se instala en territorios ajenos y transforma el espacio en lugar a partir de sus actores, música y gestos, sus prácticas y sus rituales.

La relación con el espacio urbano varía también en función de la condición de clase. En los sectores medio y alto el consumo es determinante: la identidad grupal es modulada por el perfil simbólico de los bienes que se pueden consumir. En las clases populares los consumos son escasos y no es común apelar a ellos como signo de distinción. Entran a jugar las afiliaciones barriales; el barrio es el territorio en el que se depositan aspectos afectivos y simbólicos y en torno del cual se constituyen señales de identidad y pertenencia.

Noche y juventud

Noche y juventud son tributarios del tiempo. Hablar de la noche es hablar del tiempo. No de la noche de la naturaleza ni del tiempo astronómico, sino del procesamiento social, de la construcción social de un uso del tiempo y las formas de percibirlo en la ciudad moderna. La noche se nutre de la naturaleza y del movimiento de los astros, pero es procesada por formas sociales y culturales históricamente construidas y diferenciadas.

Lo mismo ocurre con la juventud. También parece apelar a la naturaleza, a la biología, a los ritmos del cuerpo, al estado de las células. Sin embargo, al igual que la noche, es una categoría socialmente construida, determinada por procesos históricos y culturales.

El tiempo es un fenómeno cultural. Compartimos un tiempo que está presente en nuestra cultura, que regula nuestra vida diaria y nuestras interacciones. El cambio de las formas productivas, la urbanización y la industrialización han sido determinantes en la evolución de la percepción social del tiempo. En sociedades preindustriales, los ritmos del trabajo, la sucesión de las estaciones y del día y la noche determinaban la medida y el procesamiento del tiempo. El reloj sustituye lentamente al canto del gallo o las campanas de la iglesia. Su difusión coincide con la revolución industrial, y el auge del maquinismo va

imponiendo nuevos ritmos al trabajo.¹⁸ Se lucha por reducir los poros de la jornada laboral, los espacios en que el obrero no es productivo. El capitalismo proclama la eficiencia y la batalla por la productividad se decide en el plano del tiempo.¹⁹ La tecnología desemboca en velocidad, en velocidades vertiginosas -aviones, transmisión de imágenes, computación- e incide cada vez más en los cambios en la percepción y en las modalidades culturales de procesar el tiempo.

El tiempo es percibido en virtud de construcciones sociales: días de la semana, horarios de trabajo y de descanso, festividades, almanaque. Pero la oscuridad ya no es obstáculo y la noche, sobre todo la noche urbana, puede ser colonizada y abre posibilidades en el congestionado espacio urbano. “La distribución de actividades en el tiempo y en el espacio durante el último siglo -y particularmente en los últimos años- ha estado influida por lo que se ha llamado la colonización del tiempo. Los procesos de migración espacial a, o entre, las ciudades, se han visto acompañados por una migración a las zonas temporales de la noche y la madrugada. Como señala Murray Melvin: La última gran oleada de inmigración humana se está produciendo en el tiempo...”²⁰ Diversas actividades comienzan a ser desarrolladas en la noche, aunque en nuestra ciudad la vida juvenil nocturna es un proceso que se destaca por su intensidad y dinamismo. En la geografía temporal de la ciudad la oposición día-noche se ha constituido, en mayor medida que en épocas anteriores, en frontera entre generaciones.

El concepto “juventud” apela, más que a una condición natural, a una construcción social que se apoya en elementos biológicos; encierra significaciones complejas y, a veces, contradictorias. Como otras designaciones adoptadas para nominar y acotar etapas del ciclo vital, es un concepto asociado con pujas por el poder o el prestigio, no tiene igual alcance ni sentido entre los diversos sectores sociales ni en distintos momentos de la historia. “Las clasificaciones por edad (y también por sexo o, claro, por clase) vienen a ser siempre una forma de imponer límites, de producir un orden en el cual cada quien debe mantenerse, donde cada quien debe ocupar su lugar”, dice Bourdieu y agrega: “las relaciones entre la edad social y la edad biológica son muy complejas”.²¹ La condición de joven varía entre los diversos ámbitos sociales. Lo que suele conocerse como adolescencia y juventud es una

¹⁸ Véase E. P. Thompson (1984), págs. 239-293. Refiriéndose este autor a los comienzos del capitalismo inglés, dice: “Los que son contratados experimentan una diferencia entre el tiempo de sus patronos y su propio tiempo. Y el patrón debe *utilizar* el tiempo de su mano de obra y ver que no se malgaste... El tiempo se convierte en moneda: no pasa sino que se gasta” (ídem. págs. 246-47).

¹⁹ La productividad puede expresarse como el ahorro en el tiempo de trabajo empleado en la producción de determinados valores de uso.

²⁰ Giddens (1991), pág. 143.

²¹ Bourdieu (1990), pág. 164.

noción incorporada tardíamente (siglo XIX) en la burguesía europea, en virtud de la postergación de la condición de adulto para algunos sectores sociales que accedían a la educación.²² Se plantea entonces un desfase entre la madurez sexual y biológica y la madurez social, generando un período con responsabilidades postergadas, una moratoria respecto de la obligación de obtener ingresos y fundar una familia. Tal situación corresponde, sobre todo, a la condición de estudiante, que se prolonga por el largo aprendizaje que exige el estado actual del saber y la tecnología. Pero amplios sectores de la población, sea por circunstancias económicas o tradiciones culturales, o la combinación de ambas, ingresan tempranamente en la vida laboral, y se unen e inician su vida reproductiva a edades también tempranas.

En consecuencia, la condición histórico-cultural de juventud no se ofrece de igual forma para todos los integrantes de la categoría estadística "joven".²³ La desigualdad social atraviesa esa categoría estadística y determina situaciones diferentes. Se ha destacado la importancia de fenómenos culturales, relacionados con la estructura de clases, para dar cuenta de lo heterogéneo y desigual dentro del concepto "juventud". La ubicación en la estructura de clases incide en la extensión del lapso que transcurre entre la niñez y la plena asunción de la condición de adulto con las responsabilidades consiguientes. También determina experiencias culturales, formas de sociabilidad y alternativas de consumo.²⁴

Esta heterogeneidad de la juventud influye en las diferentes ofertas culturales para los jóvenes en la noche porteña. Aquí operan las diferencias culturales, pero también las diferencias sociales y económicas; a través de las ofertas y el consumo se ponen de manifiesto modalidades de discriminación y de exclusión.

La juventud actual crece y se desarrolla en un mundo que ha experimentado cambios dramáticos con respecto a la generación de sus padres; en especial se han producido modificaciones políticas, económicas y sociales de enorme importancia. Estos aspectos repercuten en la cultura y, en lo que atañe a los jóvenes de hoy, influyen en las formas de construcción de la identidad, las modalidades de la sociabilidad y en las creencias y proyectos. Se ha señalado que en nuestro tiempo, en que la gente recibe una enorme cantidad de información a través del desarrollo *massmediático*, crece una relativa apatía e

²² Lowe (1986) págs. 104 y 105.

²³ Auyero destaca la distinción que efectúa Sigal "entre *gente de edad joven* (la juventud como categoría estadística) y los jóvenes *como grupo social...*", Auyero, (1992) pág. 4. El texto citado por este autor es: Sigal, Silvia: "Estructuras sociales y juventud latinoamericana", en Edgar Montiel (comp.), *Juventud de la crisis*, Nueva Imagen, México, 1984.

²⁴ Véase Auyero, op. cit.

indiferencia y, sobre todo, un desapego respecto de la participación política. Lipovetsky destaca la gestación, sobre todo en las grandes ciudades de occidente, de un proceso de despolitización y desencanto. Este autor enfatiza el progresivo retiro del espacio público y una suerte de privatización ampliada junto con un “desierto de sentido”, que conduce a un cambio de actitudes, a un incremento del hedonismo, el desarrollo de actitudes narcisistas y un interés insistente en el cuidado y reciclaje del cuerpo.²⁵ Distinto era el panorama hace veinte o treinta años: en los años 60 y 70 la juventud, en diversos países, protagonizó acontecimientos políticos relevantes.²⁶ Hay en la juventud un potencial, y acaso una necesidad de disenso, que se manifiesta en cada época con modalidades distintas. Esta potencialidad de disenso tiene también en cada época manifestaciones exasperadas, pero si se comparan las formas actuales con las que se observaban 25 años atrás, se advierte el retiro del espacio público, la despolitización y la carencia de proyectos.

No abundan en nuestra sociedad propuestas culturales para los jóvenes de hoy que impliquen transformación del mundo, construcción de un futuro, un orden -aunque utópico-opuesto o distinto al mundo de los mayores. Escasean los proyectos de transformación, no hay oferta de utopías. Este es el -principal contraste con la generación anterior. No hay futuro creíble, ni esperanza o deseo articulados hacia su construcción, son escépticos respecto del mundo y las experiencias de los mayores. En nuestro país han tenido una influencia muy importante la censura y la represión de todo tipo que durante el Proceso se aplicaron en los sistemas educativos y en la socialización experimentada por nuestra juventud.²⁷ Los jóvenes son hoy escépticos, pero también desesperanzados. La rebelión se orienta hacia lo subjetivo, hacia el orden que molesta o reprime, pero sin un proyecto para el cambio en un imaginario esperanzado. A falta de proyecto, de utopía, de esperanza, queda dedicarse a la subjetividad, al narcisismo, al cuerpo. Se observa con frecuencia desinterés y carencia de información acerca del mundo adulto, el mundo de la política, de la cultura, de las grandes ideas, de los ideales. A ello se suman los efectos de la prolongada crisis: las dificultades para conseguir empleo, para valorizar una carrera universitaria, para ascender socialmente, para trascender la medianía o salir de la pobreza. Dificultad para obtener una vivienda, para casarse, para reproducir la *performance* de los padres que lograron, en una Argentina anterior, cierto bienestar, cierta seguridad. Hasta los más jóvenes trasciende un

²⁵ Lipovetsky (1990), cap. III. véase también Bell (1989) y Baudrillard (1987).

²⁶ Por ejemplo el Mayo Francés y otros movimientos estudiantiles de la época, la Revolución Cultural china, el Cordobazo, los *hippies*, las movilizaciones norteamericanas vinculadas con la Guerra de Vietnam.

²⁷ "...el cierre de canales de participación política durante los gobiernos autoritarios promovió la creación de intersticios sociales fundados en el reconocimiento mutuo a partir de valores y códigos comunes. Estas subculturas promovieron identidades juveniles a partir de los consumos culturales y formas de resistencia en el plano social, las cuales se resignifican en los procesos de democratización". Ana Wortman (1991), pág. 31.

futuro económico difícil e incierto, el peso del desempleo y del empobrecimiento de las últimas décadas.

La despolitización, la falta de proyecto, la ausencia de futuro, ocurren en un contexto que trasciende a los jóvenes y abarca a la sociedad. La crisis de los proyectos emancipatorios, la pérdida de fe en las utopías y en la Historia como portadora de sentido, son características de esta época, llegan desde afuera y nos alcanzan. El mundo se encanta nuevamente y el mercado aparece como principal divinidad, erigiendo una cosmogonía trivial y vacilante. En nuestro país, al crecimiento de la pobreza y el desempleo se suma la crisis del espacio público. La cultura política está ocupada por éticas ambiguas en el marco de una retórica sin sustancia. Gran parte de la juventud parece desentenderse del futuro, se retira del espacio público, resignando en los hechos y en los sueños la construcción del mundo.